



BATERÍAS, BOMBAS Y FRONTERAS



BATERÍAS, BOMBAS Y FRONTERAS

El cambio climático
y la extrema derecha

Sam Moore y Alex Roberts

Traducción de Laura Martín de Dios



levanta
fuego

Primera edición: enero de 2025

Título original: *The Rise of Ecofascism:
Climate Change and the Far Right*

© 2022, Sam Moore y Alex Roberts,
Esta edición ha sido publicada gracias al acuerdo con
Polity Press Ltd., Cambridge

© 2025, Levanta Fuego, por esta edición
© 2025, Laura Martín de Dios, por la traducción
Todos los derechos reservados

Diseño de colección y cubierta: Münster Studio
Diseño de interiores: Levanta Fuego
Maquetación: Marta García

Publicado por Levanta Fuego
www.levantafuego.com
contacto@levantafuego.com

ISBN: 978-84-127107-9-3
Depósito Legal: B-23575-2024

Índice

Prefacio a la edición en castellano.....	9
Agradecimientos.....	21
Introducción	23
1. Historia del ecologismo de extrema derecha.....	41
2. La extrema derecha y la naturaleza en la actualidad.....	81
3. Movimientos y ecologismo de extrema derecha online	113
4. Violencia letal ecofascista.....	135
5. ¿Hacia un verdadero ecofascismo?	151
Conclusión	183
Notas	197



Prefacio a la edición en castellano

Han pasado casi seis años desde que el manifiesto del asesinato de Christchurch conmocionó al mundo entero al dejar constancia de una nueva amenaza: el ecofascismo. El suceso sigue teniendo una amplia resonancia, pero el término en sí ha resultado ser ambiguo, a pesar del esfuerzo que han hecho por concretarlo analistas tanto del ámbito académico como del periodístico o el político. Esta ambigüedad ideológica no es algo excepcional: las bases políticas del socialismo y del liberalismo, consolidadas en la actualidad, permanecieron en estado embrionario durante décadas en los inicios de su andadura. ¿La política del ecofascismo es más sencilla de ver ahora, seis años después?

¿Son las políticas de extrema derecha especialmente propensas a ser de algún modo esquivas? Umberto Eco definió el fascismo como el ensalzamiento de una «verdad que la tradición ya ha revelado, [de modo que] no puede producirse ningún aprendizaje nuevo, solo nuevas interpretaciones y refinamientos». Esto significa que el fascismo es tanto ideológicamente sincrético, dado que reúne ideas dispares de tradiciones distintas, como políticamente oportunista, pues da los bandazos necesarios para crecer o mantener su poder en circunstancias cambiantes. En este libro hablamos de la magnitud de los veloces y dramáticos cambios que se están produciendo en las políticas medioambientales, con cuestiones tan vastas e infinitamente mediatizadas como el clima, lo local, el medio ambiente, la población y la propia naturaleza.

También intentamos identificar el origen de esta ambigüedad fundamental del fascismo en las formas políticas que reúne: una coalición inestable entre movimientos raciales de masas, violencia paramilitar y Estados autoritarios, un conjunto de piezas que, al operar actualmente en el entorno hostil del liberalismo, no encajan del todo bien. Debe quedar claro que, a finales de 2024, estas fuerzas todavía no se han cohesionado en un proyecto único, y menos aún en uno que se revista de una preocupación primordial por la naturaleza. Cabe esperar que la ambigüedad continúe.

No obstante, quizá con el ecofascismo exista un problema más profundo. Tal vez se trate de un término que está a la espera de un movimiento real, una mera concatenación de vocablos, que designa el lugar de encuentro entre dos de los vectores políticos más potentes de nuestra época («eco» y «fascista»), un lugar en el que un día podría surgir una política coherente, una especie de círculo de invocación para un demonio que está por venir. Y tanto «ecología» como «fascismo» son términos tan sumamente amplios y etéreos que tal vez este lugar de encuentro no sea un punto concretable en la dimensión conceptual, sino un espacio enorme de posibles relaciones entre el clima y las políticas de extrema derecha, del mismo modo que la crisis climática tal vez se entienda mejor no como la simple relación entre el carbono atmosférico y la temperatura media global de la superficie, sino como la aparición de múltiples fisuras entre el metabolismo de la sociedad capitalista y su medio ambiente.

Hasta ahora, lo que ha aparecido de manera esporádica en el círculo de invocación más reducido, justo donde esperamos encontrar eso a lo que llamamos «ecofascista», ha tenido el carácter de artefactos explosivos ideológicos improvisados, armados a partir de piezas de conflictos más amplios, y con un razonamiento que está destinado a quedar en el olvido, en

el caso de que sus partidarios llegasen a articularlo. Este caos ideológico tiene causas estructurales: épocas como la nuestra, en la que las escalas divergentes de la política aíslan a los Estados y a las instituciones financieras que los apoyan de las demandas de sus poblaciones, albergan tensiones irresolubles entre lo que mucha gente cree que debe lograrse, por inconcreto que esto sea, y lo que puede abrirse camino para ir más allá del estancamiento de la política actual. No hay un lugar en el que esta tensión sea más intensa que en las políticas del cambio climático, del mismo modo que no hay un lugar en el que sea más difícil mantener el grado apropiado de abstracción acerca de aquello a lo que hay que oponerse o resistir la tentación de descender al nivel de algo que sea muy concreto y específico. La política climática nos exige tener siempre presente un planeta enormemente mediatizado, pero su urgencia y su confusión nos empujan a obsesionarnos de manera arbitraria con una pequeña parte del panorama total. Esta especie de concreción parcial —que se centra sin razón justificada en la dinámica de un único entorno local, en el lugar que ocupa un determinado grupo racial dentro de la naturaleza o en una concepción caprichosa de la tecnología—, combinada con la urgencia que todos sentimos respecto al clima, es lo que alimenta las expresiones específicas del ecofascismo letal.

El ecofascismo sigue siendo un señuelo mediagénico útil, pero es un marco analítico limitado y los fenómenos en sí son escasos. No obstante, hay muchísimo de lo que hablar. En la relación entre la extrema derecha y las políticas medioambientales se dan un sinfín de cuestiones que exigen nuestra atención. Solo es necesario abrir el foco y alejarse un par de pasos del ecofascismo para apreciar el carácter verdaderamente preocupante del demonio: deslocalizado, capaz de expresar tendencias muy distintas de manera simultánea y, como todos los demonios, engañoso, totalmente diferente de lo que habríamos

esperado. Este es el camino alternativo que hemos tomado en *Baterías, bombas y fronteras*: ampliar un foco que se nos antojaba limitado y trasladarlo del ecofascismo a un campo más extenso, el del ecologismo de extrema derecha. ¿Y esto en qué consiste?

En el cuerpo del libro planteamos que el negacionismo y la securitización han empezado a formar una banda de Möbius con una gran potencia motriz en la que los síntomas del colapso climático que aprecia la clase dominante se abordan a través de la securitización al tiempo que se niegan las causas. Lo que hemos visto desde la publicación de la edición inglesa en 2022 lo confirma, pero también debemos añadir una tercera parte a este sistema: las simas abisales del pensamiento conspirativo. Entre otras características, las teorías conspirativas proporcionan una claridad ficticia a la política, que parece reducir la ambigüedad. Llenan el vacío existente entre los elevados ideales de la teoría política y las particularidades concretas de las relaciones sociales que esta pretende cambiar, lo cual permite que las ideas parezcan inamovibles al mismo tiempo que conserva la flexibilidad necesaria para cambiarlas a voluntad si resultan más complicadas de lo que se suponía en un principio. El carácter improvisatorio de la producción de conocimiento de las teorías de la conspiración, donde la credibilidad de sus principios no se pone en entredicho, sino que estos se seleccionan por su facilidad para ser comprendidos, tras lo cual se repiten hasta la saciedad en una disparatada variedad de extrapolaciones y divergencias, devuelve cierta sensación de participación a quienes se encuentran en los márgenes de la política. El conspiracionismo, incluso después de que se haya disipado el desaforado extremismo de QAnon, ha ido transformándose en el marco conceptual universal de la comprensión del mundo de la extrema derecha.

En septiembre de 2024, el huracán Helene se convirtió en uno de los ciclones más mortíferos y dañinos de la historia de

Estados Unidos. Pese a que el cambio climático aumenta de manera significativa las posibilidades de que se den este tipo de fenómenos meteorológicos, en el debate político apenas se mencionaron los motivos que lo habían originado. En su lugar, hubo una serie de reacciones politizadoras heterogéneas. Algunas figuras de la extrema derecha, como la congresista Marjorie Taylor Greene, lanzaron proclamas tan excéntricas como que «ellos controlan el clima», con lo que parecía insinuar que el huracán había sido creado de forma deliberada por el gobierno de Joe Biden. Taylor Green lo asoció con la «geoingeniería», mezclando las posibles tecnologías del futuro para mitigar el cambio climático con las actuales tecnologías de manipulación meteorológica. Antes y durante el huracán, las políticas en respuesta a las catástrofes también se convirtieron en motivo de disputa. La Agencia Federal de Gestión de Emergencias (FEMA) se vio acosada por teorías conspirativas según las cuales esta estaría confiscando propiedades y estaría controlada por judíos. En TikTok corrió el rumor de que se habían visto aviones israelíes en la zona.

¿Cómo respondemos ante esto? Las exhortaciones liberales para volver a la normalidad serán insuficientes. El liberalismo, según está configurado actualmente, va a ser incapaz de hacer frente de manera efectiva a los movimientos de extrema derecha impulsados por conspiraciones, pues se apoya en la misma desinformación que desfigura los mecanismos fundamentales de nuestros sistemas económicos y políticos. Esta es la lección que puede extraerse, y que ojalá se aprendiera, de la desastrosa campaña de Kamala Harris en 2024. Apenas hubo intentos por articular la profunda frustración a la que el ciudadano medio estadounidense se enfrenta en su día a día, acallada esta por un gerencialismo que pretendió defender que los datos no corroboraban suficientemente la crisis inflacionaria. Este tipo de crisis es de lo que se nutren las teorías

conspirativas. La sensación íntima, aunque difícil de especificar, de que se vive en una crisis; una intuición a la que el conspiracionismo de la extrema derecha apela y para la que propone soluciones en un registro que agudiza las jerarquías existentes. Si no se aborda esa sensación de crisis ni sus causas, cuyas raíces se encuentran en la expansión ilimitada del dominio del capital, el liberalismo jamás va a encontrar una respuesta adecuada.

El 29 de octubre de 2024, las inundaciones que arrasaron parte de la provincia de Valencia se cobraron la vida de doscientas treinta personas y miles de hogares quedaron destruidos. Durante los días posteriores, los grupos de extrema derecha trataron de sacar provecho de la indignación popular. Revuelta, un grupo juvenil vinculado a Vox, proclamó que enviaría ayuda para asistir a los «españoles afectados», una expresión que indica la naturaleza excluyente de la ayuda ofrecida. Revuelta y los demás grupos de extrema derecha intentaron protagonizar las manifestaciones más radicales de descontento; un voluntario afirmó en un chat que el grupo estaba implicado tanto en los ataques a los representantes socialistas del Gobierno central como a los del gobierno de derechas de la Comunidad Valenciana durante una visita a la zona. En las acciones de la extrema derecha en torno a las inundaciones de Valencia estuvo ausente cualquier alusión a la crisis climática. Fueron vistas, al igual que el huracán Helene, como un suceso singular desprovisto de un contexto climático más amplio.

La recurrencia cada vez mayor de estas catástrofes empieza a formar parte de la vida cotidiana. Gran parte de la política climática de la extrema derecha residirá en la definición de estos acontecimientos, en incluirlos en una narrativa política de causa, efecto, victimismo y culpa. A corto plazo, las catástrofes pueden formar comunidades unidas, pero a largo plazo tienden a la desintegración social, lo cual amplía el conjunto

de espacios en los que la extrema derecha puede actuar como falso representante de la cohesión social mediante el reparto de ayuda racialmente excluyente, la organización de ataques multitudinarios contra personas marginadas o el traslado de la culpa a quienes no tienen culpa de nada.

Muchas otras cosas han ocurrido en la respuesta a la crisis medioambiental desde junio de 2021, cuando terminamos el manuscrito de este libro. En 2024, la temperatura global aumentó 1,55 °C por encima de las temperaturas preindustriales, un salto sustancial respecto a la media de la última década. Pese a la probabilidad de que se trate de un salto puntual (parte del aumento repentino es consecuencia de un cambio en la composición de los combustibles marinos, cuyos aerosoles habían estado manteniendo a raya el calentamiento), existe el riesgo de que superar los 1,5 °C, aunque solo sea temporalmente, nos lleve a puntos de no retorno que aceleren el cambio climático.

También se han incrementado los esfuerzos de mitigación, aunque los distintos planes Build Back Better que surgieron de la pandemia, anunciados por el G7, se han atenuado o apenas se han implementado. La aportación estadounidense se tradujo en la Ley de Reducción de la Inflación (IRA, por sus siglas en inglés), que con un nombre tan inequívoco, pese a su inverosimilitud, hizo creer por un momento que Joe Biden por fin lo había conseguido: vendió el cambio climático como un proyecto de creación de empleo, con la ventaja añadida de reforzar la posición de Estados Unidos en la competencia geopolítica con China. De hecho, la aprobación de la IRA, una de las dos leyes climáticas más importantes de Occidente (junto con su equivalente en la Unión Europea), no fue una hazaña menor. Sin embargo, puede estar a punto de ser desmantelado.

Todo apunta a que el segundo mandato de Trump será aún más prometeico —e indiferente al sufrimiento ajeno— que el

primero. Es probable que retire a Estados Unidos *otra vez* del Acuerdo de París sobre el cambio climático y que se lleve por delante la Agencia de Protección Medioambiental. La ambición de Trump de alcanzar el «dominio energético» acelerará el rápido desarrollo de la infraestructura fósil nacional iniciada por Barack Obama al volver a aprobar el oleoducto Keystone XL.

Asimismo, puede que su pacto actual con un Elon Musk mutado —de niño prodigio del clima neoliberal durante la era Obama a emblema de la extrema derecha— no resista todo su periodo presidencial, pero, de momento, tiene su importancia. Aunque el interés de Elon Musk por el cambio climático parece haber ido a menos de manera evidente desde que invirtió en Tesla en 2004, su riqueza sigue estando sustancialmente ligada a la venta de vehículos eléctricos, un aspecto insuficiente pero muy necesario de la mitigación climática global. No obstante, ahora que la empresa automovilística china BYD supera con mucho en ventas a Tesla, el idealismo inicial de la oposición que esta última manifestaba no solo respecto a los aranceles sino también a la propiedad intelectual (la política de la empresa dictaminó en su día que no presentaría demandas por patentes contra quienes utilizaran sus inventos «de buena fe») ha dado paso a un nacionalismo proteccionista. Un orden respaldado por aranceles que en realidad frene la adopción del vehículo eléctrico a escala global y lo haga en defensa del capital nacional encaja a la perfección en el marco de «baterías, bombas y fronteras» que se predice en este libro.

Se han producido muchos otros acontecimientos importantes que aquí solo nos es posible esbozar.

El salto de China a la preeminencia mundial de las energías renovables, en particular los paneles solares. Este asombroso cambio, que ha contenido el desarrollo en otros lugares, no habría sido posible sin los trabajos forzados de su

población uigur, tanto en la industria manufacturera como en la minería.

Las protestas de los agricultores en toda la Unión Europea se desencadenaron con motivo de la legislación medioambiental que exigía la reducción de las emisiones de nitrógeno y cambios en el uso de la tierra, y aumentaron después de que la invasión rusa de Ucrania amenazara con elevar el precio del trigo a máximos históricos. Gran parte de la producción de trigo de la famosa y fértil tierra negra ucraniana entró en el mercado europeo. Los agricultores polacos atacaron las importaciones de grano ucraniano por lo que ellos consideraban que era «competencia desleal». Aunque a una escala completamente distinta, no se aleja demasiado de la crisis de integración de los mercados alimentarios que provocó el giro hacia la extrema derecha en el período previo a la Segunda Guerra Mundial. En estas protestas, algunas de las contradicciones básicas del capitalismo (los agricultores quieren precios más altos por sus alimentos y los consumidores quieren precios más bajos) se encuentran con las de las políticas medioambientales (los agricultores necesitan utilizar productos a nivel local que amenazan la seguridad de los sistemas alimentarios mundiales). La política nacionalista de la extrema derecha choca con la tendencia hacia la internacionalización del capitalismo.

Israel está cometiendo un genocidio en Gaza. La mayor carencia de este libro es la ausencia de un análisis sobre la ideología medioambiental sionista, según la cual Israel «hizo florecer el desierto» y convirtió el supuesto paisaje yermo palestino en una tierra fértil. Aunque se omitió por falta de tiempo durante la publicación original, en los años transcurridos desde entonces esta mentira se ha transformado en uno de los pilares de la justificación del genocidio. Como señalamos en la primera sección del libro, las técnicas represivas de gobierno se perfeccionan en los territorios coloniales como medio para

controlar a las poblaciones indígenas. Esto es obvio en el caso de Israel y Palestina, en el que un Estado colonial controla a una población nativa con métodos que abarcan lo tosco, lo sutil y lo brutal. El estilo de las prácticas de Israel contra los palestinos es una expresión particularmente virulenta de la «ecología de la dominación» de la que hablamos aquí; de manera sistemática, ha convertido la Franja de Gaza y, poco a poco, Cisjordania en zonas inhabitables y ha destruido cualquier forma de estabilidad social y ecológica.

Durante la COP29, que en el momento en que estamos terminando este prefacio está llegando a su fin, se ha puesto de manifiesto la brecha cada vez mayor que existe entre la gravedad de la crisis a la que nos enfrentamos y la escasa respuesta de las clases dominantes. En esa brecha, las soluciones de la extrema derecha, por las que entendemos aquellas que son racialmente desiguales y represivas, van a seguir apareciendo, aunque no como un programa unificado bajo un nombre común, sino como el pretexto oportunista y de escaso calado intelectual de un movimiento incapaz de enfrentarse a las tensiones entre el capitalismo y sus entornos.

Como defendemos en la conclusión, por muy sombrío que sea nuestro futuro, aún está en disputa la configuración política de lo que está por venir. El modelo económico, político y social tendrá que cambiar para adaptarse a un mundo que para muchas personas está volviéndose inhóspito. La expresión de esos cambios dependerá de los movimientos que creemos y desarrollemos tanto a nivel local como nacional e internacional. Los movimientos por la justicia climática deberían oponerse no solo al afianzamiento de la infraestructura del capital fósil, sino también a la expansión del liberalismo autoritario y a los intentos de la extrema derecha —en forma de movimientos y de gobiernos— de imponer en nuestras vidas una serie de visiones racistas y represivas.

Nosotros continuamos escribiendo, hablando y reflexionando sobre la extrema derecha y sobre los dos libros que hemos escrito juntos (el otro es *Post-Internet Far Right*, publicado por Dog Section Press), aunque ahora por separado. En la actualidad, Sam escribe utilizando su nombre real, Richard Hames, mientras que Alex sigue produciendo el pódcast que fundamos juntos, *12 Rules for WHAT*, que en estos momentos publica el grupo de investigación antifascista británico Red Flare.